

# Lo “japonés” en la *literatura rusa* *Transformando identidades\**

Barbara Heldt

Japón debería evitar ir a la guerra con una nación como Rusia, que ha producido hombres tan grandiosos como Tolstoi y Dostoyevsky.

Ariyoshi Sawako, *The River Ki*

La imagen que Rusia se ha formado de sí misma a través de los siglos puede compararse con una puerta que se abre hacia dos habitaciones separadas. Una habitación es Europa y la otra es Asia, siendo cada una un concepto más fijo en la mente rusa que en los hechos. Cuando la puerta se abre hacia Europa, se vislumbra un panorama de existencia ordenada, racional, democrática e individualista, que potencialmente es la fuente tanto de capacidades como de inferioridad. Cuando la puerta se abre hacia el otro lado, Asia, los espacios a la vista son más vastos y su conquista es aparentemente una conclusión del pasado. Como potencia europeizada, Rusia vio estos territorios como sitios que esperaban pacientemente ser colonizados. Un poco de ansiedad, más que el romanticismo europeo –desavenencia de lo natural–, invadió la conciencia de los rusos educados durante la mayor parte del siglo XIX. Japón, separado por el océano y con un aislamiento autoimpuesto, no dejó mucha huella en el esquema geográfico ruso en un principio. Sin embargo, la imaginación literaria rusa comenzó a absorber la asianidad bastante temprano; *La Nariz* de Gogol y *Oblomov* de Goncharov incorporaban

---

\* Texto tomado de J. Thomas Rima (ed.), *A Hidden Fire Russian on Japanese Cultural Encounters, 1868-1926*, Stanford University Press, 1995. Traducción del inglés por Lenin Calderón.

elementos “asiáticos” de vestimenta y costumbres que significaban un comportamiento violento en el primer caso e indolencia en el otro, y que existían con el objetivo de generar intranquilidad en el lector ruso.

Los rusos, manteniendo la distinción clásica entre Europa y Asia, escribieron su geografía para incluir a Rusia en uno u otro continente, y finalmente, en el siglo XVIII, designaron a los Montes Urales como una frontera clara entre ambos continentes. Pensadores geográficos paneslávicos posteriores acentuaron la separación de Europa y sintieron que había una especie de destino manifiesto al incluir a Asia Central y Asia Oriental, pero al mismo tiempo mantenían un estado de separación. Sólo con la primera guerra mundial desapareció la frontera entre Europa y Asia: la imagen de Rusia-Eurasia como un continente único apareció en el pensamiento geopolítico de los euroasiáticos.<sup>1</sup>

La figura literaria de Asia en la imaginación rusa es parte de un intento por mantener fronteras distintas, un intento que se debilita a sí mismo. Asia es el “otro” dividido, con todas las complejas relaciones consigo mismo que una separación tan inminente implica. En la ficción, sin embargo, las fronteras son más permeables que una cordillera o un océano. No hay puerta tan sólida como para separar las habitaciones de la mente. Japón se comenzó a asociar con el concepto ruso de Asia continental justo cuando gente muy distinta bajo el dominio ruso se mezclaba en un todo asiático. Esta aglutinación tuvo implicaciones inesperadas para la propia identidad de Rusia. La mezcla de las identidades rusas y asiáticas era tan magnética y tan temida como la atracción de los géneros “opuestos”.

La imagen literaria de otra nación y sus habitantes, especialmente al nivel de la literatura popular, es frecuentemente la imagen que la mayoría de la gente comparte. El estereotipo literario cobra vida propia hasta el punto en que las imágenes formadas por construcciones nacionales mentales y verbales dominan cualquier emanación de la realidad o del arte de la otra nación. La imagen de Japón y lo japonés fueron transmitidas a los rusos mucho más poderosamente por los escritos rusos que por la literatura o incluso el arte japonés. Era una imagen

---

<sup>1</sup> Una excelente elaboración de escritos de los geógrafos en varias épocas pueden encontrarse en Bassin, Mark, “Russia between Europe and Asia: The Ideological Construction of Geographical Space”, en *Slavic Review* 50, núm. 1 (primavera de 1991): 1-17.

mezclada de belleza y crueldad, con una extraña fascinación por la mente rusa. Esta fascinación se debe en gran parte a la naturaleza de la mente rusa y a las circunstancias rusas.

Ivan Goncharov, cuyos escritos de viajes incluyen una porción de la mejor prosa rusa jamás escrita, establecieron el tono para las actitudes tanto de los viajeros y los que visitan Japón y el reino de la japonesidad desde un sillón. Su narrador (a quien llamaremos por el nombre del autor, que en lo que aquí concierne comparte el punto de vista ruso aceptado por ambos) es un miembro de una misión comercial en Asia Oriental. El Japón de sus viajes estaba aún cerrado a los extranjeros, pero él pronostica en su apertura: “si no es para nosotros, entonces es para los americanos; si no es para ellos, entonces es para quien sea que venga después de ellos”.<sup>2</sup> Algunos aspectos del encuentro ruso-japonés hallan ecos actualmente en textos en los que Occidente conoce a Oriente, cuando los negocios y el comercio estaban a la orden del día: el espléndido, aunque inusual, banquete que continuaba después de una petición occidental que precisaba una respuesta del tipo “sí o no” –“simplemente dos palabras: *da ili net*”– y el rechazo japonés a contestar en la forma en que se les exhortaba. Amistad, formalidad y frustración.

Los rusos, en general, asumían una postura superior. No es que ellos fueran grandes, más bien los japoneses eran pequeños, incluso miniaturas. Goncharov recuerda a sus lectores que la transparente fuerza por parte de los europeos podía palanquear a Japón, que podían proceder a la manera de los ingleses: desembarcar sin permiso y usar cualquier intento japonés por bloquearlos como un acto de provocación que llevaba a la guerra. “O usar otros medios: traer opio y, cuando comiencen a tomar medidas obstinadas al respecto, declarar la guerra”. Japón, misterioso y cerrado, estaba en alguna forma en espera de la presencia europea, sucumbiendo, si no al poderío de las armas, sí a los poderes europeos de interpretación.

A finales de 1853 y principios de 1854, Ivan Goncharov se asomó desde la fragata *Pallada* a las costas cercanas a Nagasaki y escribió: “¿Dónde se han ocultado los habitantes? ¿Por qué no llenan las costas? [...] ¿Por qué, repito, están esas finas

---

<sup>2</sup> Goncharov, I.A., *Frigat “Pallada”*, Leningrad, 1986, 277; citado en el texto de aquí en adelante. Todas las traducciones del ruso son obra del autor, a menos que se indique lo contrario.

costas tan vacías y sin vida? ¿Por qué es tan deprimente verlas como para no desear dejar el camarote?”. Aunque su libro *La Fragata Pallada* se presenta a sí mismo como una serie de impresiones inmediatas, también transmite una sensación de que algo está arreglado: sus silencios están preñados. Los traductores y los sirvientes aparecen al segundo día. Han venido a hacer preguntas a los rusos y para asegurarse de que su propia información del viaje del *Kamchatka* sea correcta. Inmediatamente se dan cuenta de una discrepancia en el tiempo y los rusos son incapaces de comprender por qué eso es importante. Goncharov observa que “el traductor menor mantiene silencio, mientras que el mayor está aquí, pero escucha cuidadosamente; de esta forma, se verifican el uno al otro. El sistema de espionaje mutuo es de alguna forma similar al de los jesuitas”. Aunque la conducta jerárquica ha sido advertida con anterioridad, Goncharov asume la noción común rusa de que los extranjeros deben ser espías que incluso se espían unos a otros. Llama a Japón un fragmento roto de China, con el mismo espíritu moral-filosófico, más que religioso. “Ambos son sospechosos, desconfiados, se salvan del peligro tras un sistema de encerramiento, como si estuvieran detrás de un muro de piedra”.

Este cuidadoso control de los extranjeros por parte de los japoneses, así como su control interno entre sí, es visto como algo innecesario, extraño. Aunque podrían estar involucrados algunos paralelos con Rusia, no es así. Goncharov se refiere a la resistencia japonesa ante la ley europea (a la que Rusia se adscribe) y ante las “leyes arbitrarias de su amontonamiento”, con el minúsculo Japón yendo expresamente por su propio camino. Los rusos se aburren tanto cuando los japoneses les hacen tantas preguntas, que encuentran difícil hacer lo mismo con los japoneses, a quienes están visitando. Goncharov se refiere a viajeros anteriores con historias similares de frustración –un tema de las historias de viajes–. Pero esta variante en particular muestra una persistente necesidad por conocer la parte de los anfitriones supuestamente autoencerrados. Es infeccioso. Goncharov, mientras narra, se disculpa con el lector: “¿Qué puedo hacer? Debido al hastío me he entregado a la pedantería”.

Esta forma de hastío es el opuesto total de la fascinación por el Japón de las épocas simbolista siguiente. Pero Goncharov se encontró con burócratas y traductores varones; hombres viajeros posteriores se relacionaron con mujeres cuyo trabajo era alejarlos del aburrimiento. Los viajeros europeos ya se habían distanciado

de la actitud masculina japonesa hacia las mujeres y Goncharov confirma reportes previos acerca del “cinismo desenfadado [de los japoneses]. Ellos, como toda la gente asiática devota a la sensualidad [*“churstvonnosti”*], ni disimulaban ni combatían esta debilidad”. Goncharov expresa en un punto su simpatía por un joven que desea “ser un europeo, un ruso y viajar a todas partes”, y lo llama “el futuro de Japón y nuestro triunfo”. La misión rusa es liberar a esos japoneses de Japón, el Japón que mantuvo a la tripulación de Goncharov esperando en alta mar por un mes, antes de permitir que los visitantes pisaran su tierra. Pero mientras los japoneses podrían envidiar el poder occidental (en el sentido de la fuerza), existe más de un indicio de que el poder japonés podría encontrarse en el hecho de no temer a la debilidad y, por lo tanto, ser capaces de explotarla.

Aunque la curiosidad japonesa por Rusia creció ininterrumpidamente en la última parte del siglo XIX, el interés ruso por la literatura y la cultura de Japón despertó sólo después de la guerra ruso-japonesa, y en realidad después de la introducción de *le japonisme* a Francia a través de los Goncourts y otros.<sup>3</sup> Anteriormente, no existían traducciones completas de autores japoneses; en la primera década del siglo XX todo cambió.<sup>4</sup> Pronto, los escritores rusos se apropiaban no sólo de *le japonisme* sino de ideas nacidas en Japón para incluirlas en sus textos.

La preocupación rusa por Japón, con su punto más intenso antes de la primera guerra mundial, llegó a su cúspide durante e inmediatamente después de la guerra ruso-japonesa, especialmente mientras el año de 1905 traía al mismo tiempo el caos al interior de Rusia, culminando en una revolución abortada que fue el presagio de más problemas. En 1904 el imperio ruso era mucho más grande en área que nunca antes, habiéndose expandido durante cuatro siglos de forma continua. Pero al año siguiente, 1905, Rusia sufrió una derrota abrumadora a manos de Japón, y como resultado Rusia tuvo que retirarse de Manchuria hacia el lado cercano al río Amur. Tanto Manchuria del Sur como Sajalín del Sur, ambas adquisiciones recientes, fueron perdidas. Sin embargo, como resultado de tres

<sup>3</sup> Grivnin, V.S., *Bibliografía Iaponii: Literatura, izdannaiia v Rossii s 1734 g. Do 1917 g* (Moscú, 1968). Acerca de la curiosidad japonesa, véase K. Rekho, *Russkaia klassika i iaponskaia literatura*, Moscú, 1987, 8. Entre 1885 y 1898, en Japón, más de cien jornadas socioliterarias fueron publicadas. En ellas aparecieron más de cien artículos y comentarios especiales acerca de la literatura rusa”.

<sup>4</sup> Véase K.M. Azadovski y E.M. D’iakonova, *Bal’mont i Iaponiia*, Moscú, 1991, 44-57.

tratados secretos con Japón (1907, 1910 y 1912), se le concedió a Rusia el control del norte de Manchuria.

La derrota tuvo algunos efectos positivos dentro de la milicia rusa. Las peticiones por una reforma observaban errores sistemáticos más que individuales. El sistema japonés entero parecía inspirar patriotismo y sacrificio a los soldados comunes y corrientes; el sistema ruso fomentaba la apatía. La élite militar rusa tendía una conexión entre la efectividad militar y la vida social y política de la nación.<sup>5</sup>

En la literatura imaginativa el tono era más oscuro, menos optimista. ¿Era una profecía la derrota rusa por parte de los japoneses? La sensación de que Rusia estaba siendo debilitada por su propia burocracia estática y su población agitada, aunque pasiva, se vio reforzada por un sentimiento de que nuevas versiones de las hordas de mongoles ejercían presión en las fronteras del imperio. Japón representaba tanto las hordas asiáticas generalizadas como una especie de mal particularmente astuto, inteligente y disciplinado en contra del cual el añejo heroísmo ruso de buena voluntad tenía poco que hacer.

La vestimenta y el camuflaje saldrían victoriosos ante los delineados trajes que señalaban los rangos de la Rusia oficial, en los cuales se sentía segura. Las transformaciones en la vestimenta trastocaron el viejo orden jerárquico: la identidad ya no era tan cierta. Los rusos y los japoneses podían convertirse en el otro, tal como sucedió en al menos tres de las obras cumbres de Kuprin, Sologub y Biely. La transformación era una buena metáfora para la inestabilidad de los tiempos y para el racismo flagrante en Rusia.

Alexander Pasternak, el hermano del poeta, recuerda los carteles de guerra de 1904-1905 en sus memorias: *Un presente que se esfuma*.

Los japoneses eran representados como enclenques debiluchos, de ojos rasgados, piel amarilla y, por alguna razón, cabellos despeinados –una especie de mono diminuto, al que invariablemente se le apodaba “japo” y “macaco”–. Opuestos a ellos estaban los legendarios héroes de nuestro ejército, rusos fortachones y cosacos manchurianos que se distinguían por sus pantalones tejidos amarillos, mas no

---

<sup>5</sup> Fuller, William C., *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1985, 196-201.

rojos. Un cartel, por ejemplo, mostraba un enjambre de “japos” que parecían arañas, con los rostros deformados por el miedo, tratando en vano de luchar desde abajo de un enorme sombrero de piel caucásico. La frase decía: “¡Atrápenlos por montones!”. En otro, una mano del Olimpo apretaba a un puño de “macacos”, brazos y piernas retorciéndose en su última agonía. El *chef d'oeuvre*, recuerdo, era un cosaco cabalgando a trote con una lanza al sesgo de su hombro y un puñado de “japos” atravesados por ella, como si fueran ratas en un hierro, mientras otro, en el aire, estaba a punto de ser espetado. ¡Conocíamos suficientemente bien la realidad! Sabíamos que los japoneses ganaron no por heroísmo, sino por su rapidez y habilidad para maniobrar sus excelentes y novedosas armas, y, por encima de todo, su uso del camuflaje. Todo el ejército estaba vestido en kaki, el color de la maleza donde se desarrollaban las batallas. No hay duda de que después de esta guerra el color kaki se convirtió en el uniforme de batalla estándar del ejército inglés, y después del resto del mundo. Sin embargo, nuestros soldados rusos todavía vestían sus uniformes tropicales pasados de moda, compuestos de camisas y chaquetas blancas. Junto con las insignias multicolores de los diferentes regimientos, estos hombres eran el blanco perfecto para el enemigo, quien podía rastrear su disposición y movimientos desde una gran distancia.<sup>6</sup>

De esta forma, los japoneses son tanto inferiores como superiores, blancos de las burlas y una amenaza palpable porque no podían verse.

Todos estos elementos –en especial el camuflaje– están presentes en la historia de un espía japonés en Rusia, una historia en el límite de la literatura popular y la gran literatura. *El Capitán Rybnikob* de Alexander Kuprin (1870-1938), escrita en el otoño de 1905, se publicó en enero de 1906. Comienza con el contexto histórico –“Aquel día en que la terrible derrota de la flota rusa cerca de la Isla de Tsusima [*sic*] estaba cerca de su fin”– para después seguir de cerca las palabras y acciones de un “oficial pequeño, oscuro y débil, extrañamente hablantín, desaliñado y no especialmente solemne”, vestido con un abrigo del ejército ruso. El autor construye gradualmente el suspenso. Después de una descripción de la conducta paródica rusa de Rybnikov, se concentra en la relación de éste con un hombre que reconoce su identidad japonesa sólo cuando está desnudo y semi-

---

<sup>6</sup> A Vanished Present: *The Memoirs of Alexander Pasternak*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1985, 88.

consciente en un burdel, con su férrea disciplina relajándose. El lector “conoce” al hombre bajo el camuflaje, pero no sabe qué sucederá en la historia. Este es el clásico punto de vista infiltrado de la ficción popular; pero este narrador también participa en juegos mortales con los estereotipos de la ficción popular. El Rybnikov japonés interpreta el estereotipo ruso con una habilidad consumada. Su representación exagerada de un ruso ebrio engaña a los mismos rusos, quienes están convencidos de que ellos son así en realidad. La imagen del ruso por sí mismo está condicionada por años de sentimiento de inferioridad *vis-à-vis* el Occidente; ahora el Oriente los ha derrotado una vez más. La visión que gradualmente obtiene el lector acerca del japonés de alto rango que lleva la máscara de Rybnikov es la de un hombre de gran facultad intelectual, con limitaciones ante las grandes presiones, que libera esa presión por medio de la emoción sexual masculina. Ninguna de estas cualidades puede encontrarse en el héroe ruso de la literatura rusa, aunque la heroína rusa está constituida por algunas de ellas.<sup>7</sup> Rybnikov es el “otro” dentro de la propia sociedad, un agente destructor que ha cambiado de identidad para convertirse en una verosímil caricatura de los peores temores que los rusos tienen acerca de sí mismos.

Rybnikov pretende ser un borracho, pero nunca bebe. Cuestiona a oficiales y periodistas “con una sinceridad infantil”. Personifica al “tipo” de ruso que encarna la razón por la que los rusos están perdiendo la guerra. Habla usando proverbios rusos. En un principio, sólo sus encías desnudas y su repetido hábito de hacer reverencias alertan al lector acerca de su japonesidad. Pero nuestra visión se acerca cada vez más. Observamos una tensión interior y un rostro amarillo oscuro “por el sol”, que es diferente de frente y de perfil. El rostro es descrito en los contradictorios términos de amor-odio del racista: la expresión es maligna, burlesca, inteligente, incluso noble, pero no humana, más bien animal o, con más precisión, la de un rostro que pertenece a un ser de otro planeta. Las palabras del estereotipo –*amarillo, mono, máquina, inhumano*– se repiten durante la historia de forma inquisitiva y siniestra cuando Rybnikov pide repetidamente (con la curiosidad de un antiguo combatiente herido) noticias de la guerra. El odio inhumano oscila por encima de la máscara mientras los demás bromean con su apariencia

---

<sup>7</sup> Heldt, B., *Terrible Perfection: Women and Russian Literature*, Bloomington, Indiana University Press, 1987.

japonesa. Pero en el vasto imperio ruso “existen muchos rostros Mongoles de color azafrán”: el estado se ha sobreextendido y sus habitantes son una mezcla de razas en las que no puede confiarse.

Son las palabras y no la apariencia las que finalmente traicionan al espía, efectuando sus transformaciones de ruso a japonés. Primero, pronuncia un arcaísmo ruso en lugar de una palabra más simple y apropiada. Después, repite la palabra *samurái*, usada a la ligera por los rusos, como si la arrancaran de su garganta. Finalmente, en los brazos de una prostituta rusa pronuncia una serie de palabras incomprensibles, entre las que se encuentra una que ella reconoce como japonesa tras leerla en los periódicos: *Banzai*. De esa forma se traiciona a sí mismo sólo a través del poder de las palabras.

La autotraición surge después de la victoria japonesa en Tsushima, otra palabra japonesa pronunciada por los rusos “con risa indiferente y amargura”. Rybnikov ha sido convidado con la versión rusa de la historia futura de Japón, en la cual Japón es comparado con una mujer epiléptica que en un ataque puede romper cadenas y derrumbar hombres fornidos (los rusos), para caer después en un estado de impotencia. Sin embargo, en el burdel sucede algo más, un presagio del poderío real de Japón. La prostituta rusa, quien piensa que todos los hombres son monos, de rostros extraños, es sacudida por la ternura peculiar de este oficial: “Todos sus movimientos se distinguían por una calma y una discreción insinuantes”, así como por una “pasión animal, tensa”. De esta forma, el animal macho japonés es elegante, sexual; el ruso es borracho y meramente bestial. Cuando los estereotipos de género, e incluso las especies, se revierten, los peores temores de los rusos acerca de sí mismos se vuelven realidad. El enmascarado japonés es literalmente desnudado en esta historia, pero de forma más significativa, la visión propia de los rusos se presenta figurativamente desnuda.

Las transformaciones de los rusos en japoneses son recurrentes en las dos mejores novelas simbolistas rusas (el término simbolista designa un periodo más que un estilo): *El Pequeño Demonio* de Fyodor Sologub (completada en 1902 pero publicada totalmente hacia 1907), y *Petersburgo* de Andrei Biely (publicada por primera vez como libro en 1916). En la novela de Sologub la transformación es también transexual: un niño, Sasha, se viste como geisha, con un traje de seda amarilla sobre satín rojo, y una sombrilla de seda rosa. Una pandilla lo ataca, ce-

losos de su belleza en un mundo ruso gris, provinciano. El japonésismo representa el ideal de la belleza.

En la novela de Bielly las referencias son más extensas. La historia tiene lugar en 1905 en una atmósfera de una fatalidad inminente y una mascarada frenética. Los eventos ficticios privados se yuxtaponen continuamente con los históricos: “Anna Petrovna estaba en España... y Puerto Arturo ha sido tomado”. Una mezquina mujer rusa, Likhutina, lleva un kimono rosa y decora su departamento con crisantemos y paisajes japoneses, representando una vista del Monte Fuji. El arte japonés de Hokusai (al que Likhutina llama Hadunsai) y la vestimenta japonesa están asociados con la sensualidad, pero también con la duplicidad. La amenaza interna está en todas partes: “Desde los campos de la Manchuria teñida de sangre” hombres amenazantes han regresado y ahora llevan *Brownings*. El padre de la protagonista había viajado una vez en una misión oficial de Petersburgo a Tokio, temeroso de las vastas distancias entre ambos puntos, las extensiones rusas. Lo japonés aparece en las pesadillas de la gente. El nombre ruso más común, Ivanov, se convierte en “una especie de japonés: Vonavi”, porque “todo ahí fluye en un orden inverso”. El Apocalipsis se describe en Tsushima pero asociado con la batalla en el río Kalka (1223), la derrota rusa a manos de los mongoles, que predijeron la conquista de Rusia. Todas las amenazas están conectadas en una letanía de paranoia antisemita y antioriental. En un estudio de dibujo se escucha: “¿No entiende, señora, la conexión entre la guerra con Japón, los kikes y la invasión de los mongoles?” La amenaza de la japonesidad es como la de un enemigo interno: Japón ya conquistó Rusia.

Después de la guerra ruso-japonesa, la ficción popular rusa contenía estereotipos de japoneses que mostraban un respeto creciente de parte de los rusos derrotados. Jeffrey Brooks, en su reciente estudio de la literatura popular rusa entre 1861 y 1917, señala que “los japoneses están representados con una mezcla de respeto, hostilidad y fascinación”.<sup>8</sup> Los personajes “japoneses” en la ficción popular rusa incluyen a un luchador de circo, oficiales y soldados y un joven aristócrata que ayuda en las persecuciones de bandidos chinos. Incluso había dos series “japonesas” de detectives, *Oka-Shima, el famoso detective japonés* (1908), y

---

<sup>8</sup> Brooks, Jeffrey, *When Russia Learned to Read*, Princeton, Princeton University Press, 1985, 235.

*Kio-Kako, el japonés rey de los detectives*, de Gladkov (1917). El protagonista de la primera es mitad ruso y mitad japonés y posee una mente “extraordinaria”.<sup>9</sup> Nuestro tema de identidades que se bifurcan está presente, aunque con menos poder, en esta figura.

La última imagen rusa prerrevolucionaria de Japón es la imagen internacionalmente estetizada por Europa, que se formó mientras el comercio y la guerra daban paso al intercambio cultural. Rusia cayó ante el encanto del arte japonés, la poesía japonesa (especialmente el *tanka*) y las mujeres japonesas, que se consideraba como del más alto valor estético. Ya para 1905 Valery Briusov había imitado el *tanka* de cinco líneas y había escrito acerca de su amor por los templos japoneses y su deseo de visitarlos y ver las obras de artistas japoneses. Los libros de Lafcadio Hearn se tradujeron al ruso en 1910 y 1911. Entre 1916 y 1918 Andrei Biely escribió versiones estilizadas de los *tanka*.

Aunque Rusia siguió a Europa en este entusiasmo, cuando los rusos realmente visitaron Japón viajaron por una ruta geográfica distinta, vía Siberia, cuyas ciudades de Asia Oriental les facilitaron un vínculo estrecho con un mundo muy diferente. *Balmont i Iaponiia* es la crónica del viajero-poeta Konstantin Balmont en su viaje a Japón de mayo de 1916. La travesía de dos semanas produjo cartas a casa, entrevistas con corresponsales de periódicos de Moscú, conferencias con el tema de la “nación-poema”, poemas acerca de Japón y una serie de traducciones de poetas japoneses cuyos versos percibió similares a los suyos en cuanto a sentimiento.

En un adelantado artículo, publicado en 1916, Balmont escribió: “Siempre me he enamorado de las mujeres japonesas de forma abstracta: no puede hacerse de otra forma. En todas las mujeres japonesas hay una sutileza gatuna y una gracia de pájaro”. A las mujeres japonesas puede comparárseles no sólo con animales pequeños sino, finalmente, con elevadas obras de arte. Los japoneses trabajando en los arrozales son también objetos de belleza, que conmueven a Balmont hasta el llanto: “Tanto con el trabajo como con la naturaleza tienen una relación puramente religiosa”.<sup>10</sup> De esta forma, él ve en la carencia de libertad de otros su pro-

<sup>9</sup> *Ibid.*, 146.

<sup>10</sup> Azadovski y D'iaknova, *Balmont i Iaponiia*, 90, 95.

pia libertad para observar, interpretar, estetizar. El viaje de Balmont produjo una gran síntesis de gente y objetos japoneses en su obra; hizo de la geisha, del samurái, del salón de té y del templo budista sujetos de sus poemas, e hizo versiones traducidas de poesía japonesa que los rusos usaron por décadas. Tal como escribió en un artículo publicado en 1916: “No sólo recuerdo a Japón; parece que me siento de forma japonesa”.<sup>11</sup> Esta estética positiva, aunque altamente personal, y la caracterización por parte de Balmont de Japón como la Tierra del Sol, permearon los escritos rusos de la era posrevolucionaria.

En general, el racismo manifiesto no encuentra expresión en la literatura soviética. Narraciones de gente japonesa para un público ruso durante y después de la guerra ruso-japonesa marcan de esta forma su contraste con narraciones posteriores, tanto antes como después de la segunda guerra mundial. Lo que queda es la sensación de que los japoneses son curiosos y misteriosos (lo que no está censurado como racista), y tienen algo que penetra de forma recíproca en lo que es ruso o soviético, de lo cual esa sociedad puede aprender. Durante la guerra civil rusa, tropas japonesas ocuparon provincias del Pacífico ruso, pero en 1922 se retiraron. En 1931, cuando los japoneses conquistaron Manchuria, el gobierno soviético aceptó la situación, y en 1935 vendió al gobierno japonés su parte del ferrocarril oriental chino que atravesaba Manchuria. En abril de 1941, los gobiernos soviético y japonés firmaron un tratado de no agresión que duró hasta 1945. En ese entonces, días antes de que Japón se rindiera ante los aliados en la segunda guerra mundial, el ejército soviético entró a Manchuria, habiendo declarado la guerra a Japón el 8 de agosto (dos días después de que los Estados Unidos tiraran la bomba nuclear en Hiroshima). Cuando Japón se rindió, Stalin se refirió a dicho momento como algo esperado desde 1905 (aunque, de hecho, los bolcheviques habían visto la derrota rusa como algo positivo para ellos, ya que desató la revolución). Sajalín del Sur y las Islas Kuril fueron anexadas a la Unión Soviética, convirtiendo a miles de japoneses en ciudadanos rusos. Estas no son las narraciones japonesas de las cuales se escribía en la ficción y en los reportajes de viaje soviéticos.

Escritores de las décadas de los veinte, treinta, cuarenta, setenta y ochenta realizaron apuntes de viaje; todos ellos, en sus descripciones de Japón, tenían ras-

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, 164.

tros de las preocupaciones rusas contemporáneas, siendo la principal aquella censura interna contrastante con la relativa libertad de expresión en Japón. Aunque, hablando estrictamente, fuera del periodo cubierto aquí, dichos apuntes contribuyen a la imagen de Japón en Rusia.

Boris Pilniak, el escritor modernista que fue forzado a reescribir sus obras hasta que finalmente lo silenciaron, viajó a Japón dos veces, en 1926 y 1932, para producir dos libros. En un estudio sobre Pilniak, Vera Reck escribe una crónica de los cambios en su segundo texto, *Piedras y raíces*, comparándolo con su primero, *Las raíces del sol japonés*, publicado en 1927.<sup>12</sup> El primer libro es una narración típica de un hombre occidental acerca del disfrute de exóticos y eróticos placeres en Japón, usando a Japón para vivir aventuras que no podría experimentar de forma tan sencilla y segura en su propio país. El segundo trabajo, escrito después del segundo viaje y luego de criticar la falta de conciencia social del primero, está compuesto en una tercera parte por citas de su primer trabajo, y las otras dos partes por “comentarios”. Pero aunque las citas están cambiadas –por ejemplo, las descripciones de Pilniak de las prostitutas como criaturas felices parecidas a las mariposas– dan paso a narraciones más realistas de las mujeres que son vendidas. Es interesante observar que las descripciones carentes de represión de Pilniak, acerca de los hombres japoneses, también están repletas de admiración física. *Las raíces del sol japonés* estuvo precedido por un fragmento de biografía dentro de un reportaje llamado “El cuento de cómo se escriben los cuentos” (1926), en el que se encuentra la siguiente descripción del escritor Tagaki-san: “Él era moreno, de baja estatura, delgado y atractivo –tanto como los japoneses pueden serlo ante los ojos europeos–”. Es descrito como muy *shibui* (“chic” en japonés). Este escape de la influencia rusa a través de la apreciación física de los japoneses es común entre los hombres europeos.

El género de las visitas a países exóticos fue reemplazado, durante la era estalinista, por un reportaje más modesto e informado, realizado por escritores más modestos e informados. Cuando no estaban reportando, se respaldaban en populares y más seguras historias de aventuras. A finales de los veinte y los trein-

---

<sup>12</sup> Reck, Vera T., *Boris Pilniak: A Soviet Writer in Conflict with the State*, Montreal: McGill-Queen's University Press, 1975, 187-191.

ta, Boris Lapin vivió en la parte asiática de la Unión Soviética y en Asia Oriental, incluyendo Japón, mientras tomaba parte en expediciones geobotánicas y oceánicas. Produjo entonces tres trabajos pertinentes. El primero, *Diario del océano Pacífico*, una “*novella*” escrita durante el verano y el otoño de 1928. En ella describe con precisión, e imitando fragmentos del habla japonesa, una serie completa de incidentes y observaciones. Los trabajadores de una enlatadora de pescado eran “todos, uno solo. Morenos, dentados y alegres, con pintorescos y coloridos harapos con jeroglíficos blancos en sus espaldas” que indicaban que eran trabajadores de la compañía “Futtsi-Sima”. Hace la observación de que las mujeres trabajadoras ganaban la mitad que los hombres (la Unión Soviética estaba orgullosa de su política de sueldos iguales); sin embargo, compara a las mujeres con una bandada de gansos. También observa que los peones que trabajaban en las Islas Kuril eran transportados desde Japón central, donde había desempleo y reubicación de la población. Lapin describe a los Auni como completamente subyugados y desmoralizados por los japoneses.<sup>13</sup> Estos comentarios acerca de la reubicación de la población y el trato a las minorías difícilmente podían fallar en su intento por interesar a los lectores soviéticos.

Otros trabajos de Lapin con el tema de Japón tienen un estilo más puramente estalinista de ficción popular. *La Hazaña* (1934) trata de las aventuras de un piloto japonés en Corea que es capturado por unos bandoleros. El objetivo japonés era dominar por completo a Corea, pero el capitán Aratoki es un héroe dispuesto a acabar consigo mismo y con los bandidos. Lapin logra combinar los valores estalinistas del anti-imperialismo (no ruso) y el sacrificio heroico, mientras pone al alcance de sus lectores el tipo de historia de aventuras “japonesa” de la que habían estado privados desde los días posrevolucionarios. Hay dos transformaciones en marcha aquí: el heroísmo japonés se convierte en heroísmo ruso por complicidad, y algo japonés es admirado mientras que el imperialismo japonés es tranquilamente condenado.

*Historia del Lejano Oriente* de Lapin, publicado en 1935, fue escrito con Zakhar Khotsrevin. Las cortas oraciones narrativas dan una sensación “japonesa”; pero las historias en realidad reflejan las preocupaciones de los ciudadanos soviéticos en

---

<sup>13</sup> Lapin, Boris, *Podvíg*, Moscú, 1966, 150.

el acentuado terror de la época. En “Dangerous Thoughts”, algunos marxistas desaparecen de una urbanización y se lleva a cabo un búsqueda policiaca. Otra historia, “Spy”, recurre al estilo de Rybnikov. Trata de un espía japonés en Corea, simpático y siniestro, cuyos preceptos son “hacer preguntas antes de que tu interlocutor las haga; contestar de tal forma que la respuesta incluya una pregunta; parecer honesto y con principios pero al mismo tiempo sin rostro, vacío y gris, como una telaraña. Descubre qué están pensando”.<sup>14</sup> No se pueden imaginar advertencias más estremecedoras a los camaradas rusos que las que hay en esta historia “japonesa”.

A finales de los treinta y principios de los cuarenta, Aleksandr Stepanov escribió una novela que une la guerra ruso-japonesa con la segunda guerra mundial. El padre de Stepanov fue un capitán de la artillería al que enviaron con su familia a Puerto Arturo, donde combatió y después fue tomado prisionero junto con su hijo. En breve, ambos fueron capturados en Japón. En 1938 Stepanov escribió la primera parte de *Puerto Arturo*, y la segunda parte fue escrita entre 1939 y 1944. En 1946 ganó el premio Stalin. *Puerto Arturo*, que tiene un enfoque totalmente ruso, fue muy popular en sus tiempos, con una mezcla de personajes históricos y ficticios, incluyendo a una prostituta judía de Odessa llamada Riva, que después consigue un matrimonio respetable. Aunque los japoneses son apenas visibles en la novela, que comienza en 1904, en los primeros días de la guerra (primero están limitados a gritos de *banzai* desde los destructores y después del ataque desaparecen), el prejuicio ruso contra ellos (en clases más altas) es muy visible. La ignorante esposa del general Stessel tranquiliza a su esposo, quien comanda el fuerte en Puerto Arturo, diciéndole que los japoneses (a quienes muchos de los personajes llaman despectivamente *yaposhi* en lugar de *yapontsy*) son iguales a los chinos –sumisos y conquistables–. Cuando el gran príncipe visita un burdel y pide una mujer japonesa, se le informa que todas se han ido. De hecho, la confusión total de los rusos y gran parte del suspenso en la novela consiste en no saber dónde están los japoneses.

Al final, el liderazgo ruso será culpado por la derrota. Pero los japoneses se muestran dispuestos a perder quince mil hombres por ganancias insignificantes,

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, 356.

y muchos más por la victoria final. De hecho, cuando la novela fue escrita, los soviéticos eran cuidadosos con la fuerza de los japoneses. Después de que el pacto nazi-soviético fuera roto y Alemania invadiera la Unión Soviética en junio de 1941, los soviéticos tenían razones para temer a la guerra en dos frentes. Un agregado japonés en Moscú, con destino al Oriente en el ferrocarril transiberiano, fue tratado de forma espléndida y los rusos constantemente le decían que estaban seguros de que Japón respetaría el pacto de neutralidad.<sup>15</sup> La misma actitud precavida prevalece en *Puerto Arturo*, donde los japoneses son mantenidos a distancia. Es muy diferente de los escritos del período de la guerra ruso-japonesa de los que se habló con anterioridad.

Cuando el popular escritor de la era posterior a los cincuenta Vasily Aksenov, que ahora vive en los Estados Unidos, viajó a Japón, volvieron a surgir las preocupaciones del escritor individual, y el vivo cuadro histórico se eclipsa una vez más. En *Japanese Jottings* de Aksenov, el escritor ruso rara vez está solo: la vaga palabra *nosotros* es usada para sus compañeros en los lugares usuales (él está demasiado al tanto de ellos en los sitios de peregrinación usuales –desde los templos budistas hasta los salones geisha, los cuales, según él, sobreviven sólo en Kyoto en su forma original). Dos escritores a los que conoce, Kaiko Takeshi y Oe Kenzaburó, contrastan en apariencia –uno es bohemio, el otro lleva un traje elegante y está cuidadosamente peinado–. Aksenov conoce a Oe en Moscú y se descubre perseguido por el derecho japonés, pero en realidad comparte las mismas preocupaciones humanas que todos los escritores (este es un descubrimiento alegórico, que representa la postura de Aksenov con respecto al derecho soviético). Un escritor que encuentra a otro, claramente se aleja del estereotipo; es una forma de encontrarse a uno mismo –atractivo, del mismo género, acosado por una sociedad extraña que es similar a la propia–. De esta forma, el reportaje ruso difiere de la ficción, ya que es una declaración más obvia de la búsqueda de lo ruso en lo japonés.

La novela y el reportaje históricos eran formas siempre populares para que los escritores soviéticos escaparan a la censura menos tolerante que se le imponía a la ficción. Trabajos del tipo continúan vendiéndose bien y ganando premios. Ejemplos recientes, de 1985, incluyen dos novelas históricas: *Honk Kong* de Ni-

---

<sup>15</sup> Coox, A.D., *Japanese Foreknowledge of the Soviet-German War, 1941*, "Soviet Studies", abril, 1972: 570-571.

kolai Zadornov, en la que unos marineros rusos en el Japón de 1856 ayudan a los aldeanos en Heda a construir el primer bote estilo europeo en Japón (demostrando el deseo ruso por ilustrar, al contrario del deseo occidental por colonizar), y *Crucero* de Valentin Pikul, que trata de la única operación exitosa de la naval rusa durante la guerra ruso-japonesa. Finalmente, un corresponsal de *Pravda*, Vsevolod Ovchinnikov, ganó el premio del Estado al periodismo en 1985 por dos ensayos, *Hot Ashes* (un documental sobre Hiroshima) y *The Sakura and the Oak*, acerca de la vida en Japón y en la Gran Bretaña.

La búsqueda en Rusia por lo japonés llega hasta una cuestión central, que siempre involucra al lector ruso pero nunca le pregunta directamente: ¿Cuál es la identidad propia de Rusia? Para Occidente, los rusos son asiáticos. En *El hombre que fue* (1890) de Kipling, un ruso puede pretender ser occidental, pero en realidad es un oriental, un espía y una amenaza para la civilización (específicamente, el gobierno británico en la India). Conscientes de la desconfianza occidental, los rusos permanecen periódicamente en calma ante su propia asianidad, como una especie de advertencia a Occidente. El ejemplo literario más famoso es el poema de Alexander Blok, *Los escitas* (1918): “¡Sí, somos los escitas. Sí, somos asiáticos/ Con ojos rasgados y voraces!”. El poema, parte mandato y parte petición, invoca a Europa a hacer un “festín de hermandad” con su “lira bárbara”. Es así que la incertidumbre de la identidad rusa, del lugar ruso en la civilización humana, crea amor y odio, admiración y temor en el resto de los países, Occidente y Oriente, que cambia con los cambios políticos y cuya esencia sigue siendo la habilidad para ser transformada.

Los rusos tienen más cuestiones en juego al defender lo japonés en comparación con ciudadanos de otras naciones. Para los británicos, la idea de lo japonés, en artículos de periódicos británicos desde mediados del siglo XIX, ha sido que Japón es “una nación singular y misteriosa”, pero cuando se usan imágenes de Japón para satirizar a la Gran Bretaña, como en *Mikado*, Gilbert y Sullivan, los ingleses disfrutaban el espectáculo, tanto entonces como ahora, de la burla del sistema de clases e instituciones penales de su propio país.<sup>16</sup> Para el inglés había poca ambigüedad en cuanto a la identidad, y nada que un niño no pudiera deco-

<sup>16</sup> Yokohama, Toshio, *Japan in the Victorian Mind*, Londres, Macmillan, 1987, 170.

dificar. Pero cuando los rusos se vuelven japoneses (o asiáticos), pueden estar esparciendo la europeidad de la cual los europeos tratan periódicamente de excluirlos. Aunque los rusos saben, a partir de su propia ficción, que sólo como espías y enemigos los japoneses pueden transformarse en rusos, el fenómeno contiene una respuesta implícita: ¿por qué otra razón desearían hacerlo? ❧